

mayores por penas y suplicios que aplaquen su sed rabiosa de próximos desahogos é implacables venganzas. Heridas en su persona con aquel desacato no solamente la régia majestad de su cargo, sino tambien las susceptibilidades nerviosas de su complexion y carácter, rechina los dientes, tuerce los ojos, crispera los nervios, corta las palabras, como si le asaltaran un ataque epiléptico y una demencia furiosa.

Era el 21 de enero de 1535. Las calles de Paris mostraban desde las primeras horas del amanecer que una gran fiesta debía celebrarse entre sus tortuosas paredes. Multitud inmensa en el pavimento, en las ventanas, en los tejados; tapices riquísimos por las fachadas, altares varios en las esquinas llenas de cuadros y de santos; por los aires músicas religiosas exhaladas de concertadísimas orquestas y nubes de incienso espesísimo exhaladas de argenteos y áureos incensarios; las mangas, los pendones, los estandartes de las varias iglesias de Paris luciendo sobre los brocados riquísimos las bordaduras de relieve y en torno los flecos deslumbradores; tras tanta seda las órdenes monásticas, cuyas estameñas, pardas y azules, blancas y negras, daban como una fiesta de colores á los ojos; tras las órdenes monásticas el clero secular, en cuyas filas se distinguían los canónigos de la Santa Capilla por sus capas pluviales bordadas con cuadros de sedería que desafiaban los cuadros al óleo, y por sus innumerables reliquias, todas ellas guardadas en relicarios de ostentósima y casi fabulosa pedrería; bajo magnífico palio, cuyas cuatro varas llevaban cuatro príncipes de la sangre, la majestad del arzobispo de Paris sosteniendo en sus manos la hostia consagrada que aparecía entre humos de mirra y cánticos de ángeles; en pos del arzobispo el Rey con su cirio en la mano, con su cabeza descubierta, circuido de la Reina, de las princesas, de los cancilleres, de la Universidad, de las embajadas, con sus gasas áureas, con sus rojas púrpuras, con sus ricas insignias, mezclando las mitras y los cascos, los plumajes y las diademas, las diademas y las coronas, y sirviendo, entre pajes de vistosas vestimentas y guardias de aceradas armaduras, como acompañamiento y fondo á las efigies milagrosas, á las custodias de metales preciosos, á los Santísimos Sacramentos con sus aureolas de rayos áureos terminadas por estrellas de brillantes, á todas aquellas pompas de las procesiones católicas, muy propias para deslumbrar á las muchedumbres

de una gran capital, pero incapaces de satisfacer la sed inextinguible que por lo infinito sentían las almas anhelosas del ideal y hambrientas de la verdad y del bien.

Al terminarse tan grande ceremonia, y despues de oido el santo sacrificio que intentaban desagaviar, reunió el Rey á los embajadores, á la corte, á los representantes del clero parisien, á los maestros de la Universidad, á los prebostes de los diversos oficios, numerosísima asamblea congregada en el palacio episcopal y allí les anunció, en palabras meditadas y de vez en cuando elocuentes, que los sollozos del auditorio interrumpian, cómo estaba resuelto, con qué decision y entusiasmo, con qué persistencia y tenacidad, á buscar la herejía donde quiera que la herejía se refugiara y acorralarla y destruirla como el mal de los males y la peste de las pestes; aunque hubiera necesidad de imitar al mismo Abrahan, y ofrecerle á Dios en holocausto, víctimas de su familia, hijos de sus entrañas, pedazos de su corazon.

En efecto, antes y despues de tamaño juramento, desahogóse la cólera del Rey, que soltó al lugarteniente Morin, aquejado con hambre de tanto y tanto tiempo y ganoso de crueles refinamientos. Como la caza debía importar mucho por su copia, rodeóse el verdugo de los verdugos con los esbirros de los esbirros.

Tenia, pues, un ejército de alguaciles que lanzaba donde le placía, husmeadores de palpitantes presas. El huésped de Calvino, el mercader de la tienda de «El Cisne» fué quemado en público, y quemado en público el mercader de la tienda de «El Caballo negro.» El pobre paralítico Bartolomé fué sacado de su lecho de dolor y conducido á la hoguera sin piedad. El receptor Valetton, persona contra la cual nada se había encontrado, sucumbió al fin porque su propia mujer, sin adivinar su importancia, entregara varios libros á los esbirros. Los mercados de Paris se convirtieron en carnicerías de séres humanos. Los suplicios se dieron como espectáculo á un pueblo embrutecido por la supersticion y el fanatismo. Colgaron de unas cadenas al cantor que puso la proclama contra la misa, en los corredores de Blois. A este le taladraron la lengua con un clavo ardiendo; al otro le arrancaron los ojos. La mujer de un pobre italiano, muerto en el suplicio, murió de pena en su cama. La criada de un cura que combatía la divinidad de Cristo, murió

en la terrible hoguera. El terror se difundió por Francia y lanzó multitud de gentes sobre Suiza. En Suiza, pues, se hallaba Calvino meditando el nuevo Evangelio que habia de ser como el desquite de tantas persecuciones y el consuelo de tantos mártires.

CAPÍTULO III

PASO DEL REFORMADOR POR FERRARA Y ARRIBO Á GINEBRA

Las ciudades italianas, á mediados del siglo décimosexto, parecian, allá en los espacios de la península, como estrellas de resplandor espiritual y divino. Difícil, muy difícil parar mientes en ninguno de tales focos de ideas, sin ver algun excepcional ingenio, trayendo nuevas inspiraciones al arte. Aun hoy se descubren por estas sedes augustas del Renacimiento las obras maestras del humano espíritu, en su inmortal serenidad. Acercaos á Génova, y las marmóreas escaleras del palacio de los Dorias, besadas por las tranquilas aguas del puerto, despertarán en vuestros recuerdos los nombres de los mas ilustres navegantes del esplendoroso Mediterráneo; acercaos á Pisa, y aunque ha caido bajo la dominacion de los florentinos y ha pasado con la Edad media, dejando como triste símbolo un cementerio semi-gótico, aun por las capillas de su oriental Basílica se ven los cuadros de Andrea del Sarto y en la sublime lámpara del crucero fijos los ojos de Galileo, al presentir y adivinar las leyes misteriosas del péndulo y la triunfal demostracion del movimiento de la tierra; un poco mas léjos, en la republicana Siena, las paredes maravillosas de la sacristía pintadas por Pinturricchio mostrarán la dulce aurora del Renacimiento, y las líneas y las figuras de Becca-Fiume, por el suelo, el dia plenísimo de esta edad creadora; en la pontificia Orvieta, el Juicio Final de Signorelli aparece como una resurreccion traída por esta primavera del alma universal á los cuerpos demacrados antes por el recuerdo de la culpa y el ejercicio de la penitencia. Y no queremos nombrar aquel Urbino, cuyos duques competian en amor al arte con los magistrados de Florencia,